

**Roland Schimmelpfennig**  
**UNA CLARA Y GÉLIDA**  
**MAÑANA DE ENERO A**  
**PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI**

TRADUCCIÓN DE NÚRIA MOLINES GALARZA

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2020  
TÍTULO ORIGINAL: *An einem klaren, eiskalten Januarmorgen  
zu Beginn des 21. Jahrhunderts*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

La traducción de esta obra ha recibido  
una subvención del Goethe-Institut



© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2016  
© de la traducción, Núria Molines Galarza, 2020  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2020. Cáceres  
[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)  
[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-16291-96-0  
DEPÓSITO LEGAL: CC-392-2019  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total  
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una clara y gélida mañana de enero a principios del siglo XXI, poco después de que despuntase el alba, un lobo solitario vadeó el río que marca la frontera entre Alemania y Polonia, que estaba totalmente congelado.

El lobo venía del Este. Caminó sobre el Óder helado, llegó a la otra orilla y prosiguió hacia el Oeste. Detrás del río, el sol seguía hundido en el horizonte.

El lobo caminó por vastos campos cubiertos de nieve bajo el cielo sin nubes hasta que llegó a la linde de un bosque y por allí desapareció.

Al día siguiente, un cazador se encontró en un bosque los restos sangrientos de un corzo, a treinta kilómetros al oeste del río congelado. En la nieve, junto al cadáver del corzo, distinguió las huellas de un lobo.

Aquello fue por Vierlinden de Seelow. El último lobo visto por allí había aparecido hacía ciento sesenta años, en 1843.

El lobo se quedó por la zona hasta mediados de febrero. Nadie lo vio en carne y hueso, sólo encontraban sus huellas y las presas ensangrentadas en la nieve.

Fue un invierno muy frío y muy largo. Hacia finales de la segunda semana de febrero, llegaron varios días de nevadas ininterrumpidas.

La noche del 16 de febrero, un camión cisterna patinó en la autovía completamente nevada que conecta Polonia y Berlín.

El camión cisterna se atravesó y volcó a un lado. Dos camiones más se estrellaron contra el primero, que empezó a arder. El camión cisterna explotó. Ninguno de los conductores sobrevivió.

Sesenta coches patinaron por aquella carretera, resbaladiza por la nieve, a causa del accidente, y acabaron chocando y formando un largo acordeón. La gente no salía de los coches aplastados, y el fuego empezó a propagarse.

Ocurrió a la altura de la reserva de Glieningmoors. Al poco, se formó un atasco de más de cuarenta kilómetros hasta la frontera polaca. Cortaron la autovía en ambos sentidos.

Se hizo de noche. Los conductores que estaban en el atasco apagaron el motor y las luces. La nieve cayó en la oscuridad sobre la autopista y sobre los vehículos detenidos.

Por el arcén pasaban los camiones de bomberos y los de emergencias junto a la interminable hilera de coches. No paraba de nevar. Todo era quietud.

El joven polaco, de un pequeño pueblo cerca de Varsovia, se dirigía a Berlín y llevaba once horas en danza por el mundo. Hacía tres que estaba parado en la autovía bajo la nevada. A lo lejos veía el resplandor de las llamas de los vehículos que seguían ardiendo.

El camión cisterna y la extensión de coches accidentados estaban a unos tres kilómetros de donde se encontraba él.

El motor del viejo Toyota estaba apagado. El joven se estaba congelando. No le quedaba suficiente gasolina como para dejar el motor en marcha. A veces giraba la llave sin llegar a arrancar el coche para poner un momento los limpiaparabrisas. Tenía miedo por la batería. No encendió la luz interior del coche, no se puso a escuchar la radio. Se quedó sentado en la oscuridad dentro del Toyota.

«¡Tenemos para veinte horas por lo menos!», le había oído gritar a un camionero polaco por la carretera. «¡Tenemos para veinte horas por lo menos!», volvió a exclamar el hombre.

El joven polaco se bajó del Toyota y sacó el móvil para hacer fotos del fulgor de las llamas que se veía a lo lejos en medio de la noche. Luego volvió a meterse en el coche. En las fotos no se apreciaba nada.

Llamó a su novia, Agnieszka, que lo estaba esperando en Berlín.

–No, esto va para largo.

–¿Y qué vas a hacer? –le preguntó ella–. ¿Tienes alguna manta?

–Llevo el saco de dormir en el maletero.

–Deja ahí el coche y vete andando hasta el siguiente pueblo que encuentres.

–Estamos en medio de la nada. No hay nada, no se ve nada.

–Algún pueblo habrá, Tomasz, tira andando hasta al próximo pueblo, que te vas a congelar.

–No hay ningún pueblo. Y cómo voy a dejar el coche aquí.

Tras esperar una hora más en el atasco, Tomasz se bajó del coche y se acercó al lugar donde había ocurrido el

accidente. Antes de salir, buscó un punto de referencia para no desorientarse: sabía que, de lo contrario, sería imposible volver a encontrar el Toyota, ya cubierto de nieve.

En el arcén, a su derecha, había un cartel: faltaban ochenta kilómetros para Berlín.

«Soy un explorador –pensó–, soy un puto explorador.»

Enfiló hacia el lugar del accidente. La nieve no daba tregua. Las luces azules de los vehículos de emergencia brillaban en la oscuridad. A medida que se fue acercando, vio las llamas azuladas del soplete con el que los bomberos intentaban sacar a la gente de los coches hechos un acordeón. Oyó gritos y lloros. En medio de la fuerte ventisca, vio a un hombre de unos sesenta años en el arcén; un hombre robusto, en camiseta interior, sangrando, probablemente un camionero.

–¿Necesita ayuda? –le gritó Tomasz en polaco. Le pareció que lo conocía de Varsovia. El hombre, sin embargo, exclamó:

–Tú métete en tus mierdas.

Al otro lado de la autovía aterrizó un helicóptero. Habían instalado unos focos. Los sanitarios de emergencias llevaban a alguien en unas angarillas hacia la ambulancia. Avanzaban todo lo rápido que podían. Una mujer corría a su lado. No paraba de gritar algo, una palabra, quizá un nombre, y entonces resbaló y cayó en la nieve. Los sanitarios siguieron corriendo.

Dio media vuelta. Caminó entre los coches parados de regreso a la oscuridad.

Se cruzó con vehículos de emergencias con luces azules que avanzaban por el arcén. A través de la ventisca intentaba localizar su punto de referencia, el cartel con las distancias. Encontró el Toyota cubierto de nieve y lo rodeó para coger el saco de dormir del maletero.

Tomasz llevaba tres años viviendo con Agnieszka en Berlín. Trabajaba para un polaco, Marek. Marek y su cuadrilla se dedicaban a desmantelar casas o a reformarlas. Hacían de todo.

En Polonia siempre había trabajado solo. A veces, cuando le había tocado hacer algún trabajillo fuera de Varsovia, pasaba la noche con el saco de dormir en la obra o en el mismo coche, solo; pero en Alemania las cosas no iban así.

Desde que vivía en Alemania, no soportaba trabajar solo. Desde que estaba en Alemania, no soportaba estar solo.

La cerradura del maletero del Toyota estaba congelada. A la derecha, en el arcén, estaba el cartel: ochenta kilómetros hasta Berlín.

Entonces vio al lobo. El lobo estaba frente al cartel, al pie de la vía nevada, a siete metros de él, no más.

Un lobo, pensó Tomasz, eso parece un lobo, quizá sea un perro grande, ¿quién deja suelto por aquí un perro? ¿O será un lobo?

Le hizo una foto delante del cartel en medio de la ventisca. El *flash* en la oscuridad.

En un abrir y cerrar de ojos, el lobo desapareció.